

ALFAGUARA



Andrés Neuman

Cómo viajar sin ver

Para Daniel Mordzinski, observador exprés.

*Para la maravillosa gente de Santillana,
acá y allí, aquí y allá.*

*Para todos los amigos que aparecen, camuflados,
a lo largo de este viaje.*

Parado en esta loma desde donde no se ve el mar,
miro por eso mismo el mar.

SANTIAGO SYLVESTER

Siempre he tenido la táctica de olvidar, a la que
añadí más tarde la de caminar.

JOAN BROSSA

Bienvenida: Cómo viajar sin ver

Cuando me comunicaron el exhaustivo itinerario de la gira del Premio Alfaguara, lamenté no tener más tiempo para ver cada lugar. Pero después pensé: ¿no se trata de eso? ¿No estaré por experimentar, sin haberlo planeado, una hipérbole del turismo contemporáneo?

*

La idea consistía en tomar notas literalmente al vuelo. Si viajaba volando, así debía escribir. Si iba a pasarme meses en aeropuertos, hoteles, lugares de paso, lo verdaderamente estético sería aceptar ese punto de partida y tratar de buscarle su propia literatura. No forzar la escritura sino adaptarla a ese tiempo, a los tiempos. Así la forma del viaje y la forma del diario serían idénticas.

*

Más que el propio argumento, antes de escribir un libro procuro pensar su tono, escuchar su posible lenguaje. Imaginé entonces un diario saltarín, narrado desde un punto de observación reducido, hecho de entradas sintéticas. Una situación, una nota. Una nota, un párrafo. Jamás habría puntos y aparte en el interior de las entradas. Jamás habría pausas intermedias. Ya no viajamos así. No miramos así.

*

Lejos del reportaje de fondo, me interesaba buscar un cruce entre la micronarrativa, el aforismo y la crónica relámpago. Renunciaría entonces al afán de recrear totalidades, dar la impresión de un conjunto. Asumiría los pedazos. Admitiría que viajar se compone sobre todo de no ver. Que la vida es un fragmento, y ni siquiera ella conforma una unidad. Lo único que tenemos es un resquicio de atención. Una mínima esquina del acontecimiento. Nos lo jugamos todo, nuestro pobre conocimiento del mundo, en un parpadeo. Ese fue el ojo que elegí o me eligió para este viaje. Por eso, en vez de redactar breves apuntes para desarrollarlos más tarde en casa, me hice el propósito de finalizar cada nota aquí y ahora, de registrar instantes cerrados. La escritura como método de captura. El impulso de atrapar pequeñas realidades al paso e interpretarlas en tiempo real. Como la red que quiere pescar su propia agua.

*

No tener tiempo para profundizar es, indudablemente, una limitación para cualquier observador. ¿Y si esa velocidad, esa misma ligereza, pudieran ser también una ventaja? Cuando nos resulta imposible una mirada exhaustiva y documentada sobre un lugar, sólo nos queda el recurso poético de la inmediatez: mirarlo con el asombro radical de la primera vez. Con cierto grado de ignorancia y, por lo tanto, de avidez inaugural.

*

Hoy nos movemos sin necesidad de movernos. Nómadas sedentarios, podemos informarnos sobre cualquier lugar y llegar a él rápidamente. Sin embargo (o por eso) nos quedamos en casa, sentados frente a una pantalla. Viajar en nuestra era global resulta tan contradictorio como el

propio fenómeno de la globalización. Mientras esta despliega una tensión entre coincidencias universales y diferencias locales, el viaje contemporáneo oscila entre el aparente sinsentido del desplazamiento geográfico y la evidencia de los cambios de realidad en cada región. Vivimos siempre en varios lugares al mismo tiempo. No importa dónde estemos, podemos consultar nuestro correo, leer los periódicos del mundo, seguir la actualidad internacional. Vayamos a donde vayamos, continuamos dentro de un mismo paisaje: el de las comunicaciones. Por eso me pareció atractivo intentar un diario que reflejase dos certezas contrarias. La de que, en cada tierra que visitamos, terminamos experimentando un mundo particular. Y la certeza de que, a través de los medios, solemos pasar más tiempo en otra parte (o en varias partes a la vez, o en ninguna parte) que donde nos hallamos físicamente. Pero si así son las cosas, ¿entonces por qué los viajes siguen transformándonos y revelándonos tanto? De ese gran *no lo sé* está hecho este libro.

*

No quería por nada en el mundo que este diario derivase en una crónica social del gremio literario, para mí uno de los géneros más autocontemplativos y aburridos que existen. No deseaba hablar de la promoción, ni de mi novela, ni de mis relaciones personales, ni de las entrevistas. Sino trascenderlas, diluirlas en el paisaje, estirar su horizonte. Sólo quería escribir de lo que mirase, escuchase, comprendiese o malinterpretase mientras atravesaba ese laberinto denominado Latinoamérica.

*

Hoy viajamos sin ver nada. Eso pensé al conocer el veloz plan de viaje. La gira sería un experimento potenciado,

una exasperación de nuestro nomadismo transparente, casi vacío. Y al otro lado del casi, ¿qué habría? ¿Qué se ve cuando apenas vemos? Lo que sigue es una crónica de lo que casi no vi a lo largo de todo el continente. Una suma de vértigos, países, lecturas y miradas al vuelo. Latinoamérica en tránsito. ¿Bienvenidos?

1. Aeropuerto, patria en tránsito

Un día antes de viajar a la Argentina evidente, la geográfica, me encuentro con la Argentina invisible. En la feria del libro de Madrid conozco a seis o siete jóvenes con un acento raro, el habla mixta. Conversamos un rato. Me cuentan historias parecidas a las mías. Escuchándolos, pienso en lo absurdo que resulta dividir a la gente de un país en *dentro* y *fuera*. Estos anfibios existen y no le restan nada al mapa de su país de origen. Más bien lo estiran, lo transplantan. Nos despedimos con una rara familiaridad extranjera. Los veo irse uno por uno, hijos y nietos y bisnietos de argentinos caminando despacio, perdidos y encontrándose, imperfectamente madrileños, incompletamente argentinos, patriotas de los azares de la vida, ahí, en mitad del parque del Retiro, en medio de ninguna parte.

*

En los aeropuertos se emplea una expresión que define perfectamente la experiencia migratoria: estar en tránsito. Así estamos, eso somos mientras viajamos. Seres en tránsito. Justo antes de salir de viaje nuestra mitad sedentaria se aferra a la quietud, mientras nuestra mitad nómada se anticipa al desplazamiento. El choque entre ambas fuerzas nos provoca una sensación de extravío. Cierta división de nuestra presencia. Por eso venero los aeropuertos, catedrales asépticas donde los pasajeros iniciamos la liturgia de cambiar de estado antes de cambiar de lugar. Los aeropuertos son los únicos templos que hemos sabido erigirle al presente. Verdaderos lugares de tránsito terrenal.

*

Me fascina el efecto introspectivo de estas construcciones que conjugan velocidad y quietud, fortaleza y aire. En ellas la premura de nuestras vidas se topa con una contradicción inviolable. Hemos venido a volar, pero apenas nos movemos. Nos urge desplazarnos, pero el ritmo interior del edificio, sus pautas y sus tiempos nos obligan a esperar. Somos esa paciencia forzada. Un futuro urgente que parece lejano.

*

Despedirse es un modo de ensayar la muerte, pero también cierta clase de resurrección. Las despedidas en un aeropuerto tienen algo angustiante y a la vez liberador. Nos quedamos sin nada para abordar un posible todo.

*

Sala de embarque del aeropuerto de Málaga. Una bandada de pájaros ha anidado en las vigas y surca el techo sin cesar. Observo su aleteo a este lado del cristal, mientras al otro lado despegan los aviones. Esos pájaros son como los pasajeros que los miramos: vuelan encerrados en un mundo pequeño. Su hogar es la frontera entre irse y llegar.

*

Aeropuerto de Barajas, Terminal 4. «Hola, señor, hola», me aborda la muchacha del traje inenarrable y los folletos en la mano, «¿es usted español o extranjero?». No lo sé, le contesto con distraída sinceridad. Ella se aleja ofendida.

*

Quienes entran a comprar cualquier cosa tienen la mente en otra parte, curiosean hacia dentro, ojean sin mirar lo que hay delante. Los que toman café o comen algo se concentran en un punto indefinido que flota lejos. Otros leen un libro y se adentran en un mundo de ficción, personajes sentados en pasillos que son también ficciones o caminos desviados. Todos hacemos tiempo, y quizá no reparamos en el prodigio de la situación. Los pasajeros estamos fabricando tiempo, acumulándolo, y entonces el futuro tan cercano se suspende. A punto de despegar, los minutos se paran a contemplar su estado.

*

Volar es empezar a aterrizar.

*

Tras el despegue, nuestro avión tarda en estabilizarse. Nos balanceamos mientras ascendemos. Como hay una cámara instalada en el exterior del aparato, no puedo evitar mirar nuestro propio vaivén en los monitores: el avión parece el Cristo Redentor de Río de Janeiro tirándose por un barranco. Lo miro, nos miro, con una mezcla de nerviosismo y desdén, como si se tratase de la emisión de un accidente ajeno. Al girar la cabeza, leo en la portada de *El País* de hoy, 27 de junio de 2009, las declaraciones del presidente Zapatero: «La crisis ha sido un *Aterrizaje como puedas*». Es una tranquilidad que él ya haya aterrizado.

*

Zapatero habla en pasado del presente. Si mi avión se hubiera estrellado, ¿habría estado yo, mientras escribía estas

líneas, hablando póstumamente del presente? El tiempo siempre está en crisis. Es la crisis.

*

Veo un par de películas bastante lamentables, *City of Ember* (falsa ciencia ficción con moraleja religiosa: el futuro de los pueblos depende de que obedezcamos las Escrituras y volvamos a las enseñanzas de nuestros padres fundadores) y *Cuestión de honor* (policial intimista también con moraleja: los héroes buenos, sobre todo si se parecen a Edward Norton, siempre serán buenos). Sospecho que ambas películas podrían tomarse como arquetipos de la épica bicentenaria que está a punto de invadir Latinoamérica. Trato de consolarme leyendo un poco de nueva narrativa argentina.

*

Repaso los cuentos seleccionados en *La joven guardia*, que cada vez es menos joven. Leo un cuento de Washington Cucurto que me parece fresco y cándido (dos virtudes poéticas) y machista y mal puntuado (dos vicios nacionales). Leo un cuento de Mariana Enríquez, perturbado y perturbador, mezcla de un Quiroga correntino, brujería freak y una Silvina Ocampo de clase media. Lo encuentro moderno y clásico. Escrito sin alardes, con precisión y sentido de la atmósfera. Leo un cuento de Gonzalo Garcés que viene a ser la posibilidad del propio cuento, la conjetura de sí mismo. Lo encuentro sin duda inteligente, acaso inteligentemente a la defensiva. El relato conjuga el rastreo genealógico, los paralelos borgeanos y la metaliteratura contemporánea de rigor. Este último elemento suena menos auténtico que la búsqueda del padre, o la batalla con él, o las dos cosas. El texto tiene brillantez y un atrayente sentido del humor poco argentino, más in-

glés, catalán, o las dos cosas. ¿Y cómo sería, me pregunto entonces, el humor argentino? A decir verdad, no lo sé. Pero sería violento. Menos compasivo. Más jerárquico. Desde arriba hacia abajo. De pronto aterrizamos.

*

Scherezade, Scherezade. Tú te hiciste cuentista igual que otros, pilotos. Para tocar tierra hay que haber volado alto.

*

No deberían poner música ligera mientras se aterriza. Es un momento demasiado trascendente para eso. Terrenalmente místico. De sinfonía o réquiem. Sé que ponen música amable para calmar a la gente que se asusta en los aviones. Pero creo que se trata de un error. Si esos pasajeros notaran lo solemne que es un aterrizaje, no perderían el tiempo con sus nervios y contemplarían su destino en silencio.

*

Aterrizo con parte de mí en otra parte.